

noches retumbaba / en la oscuridad  
 bailoteaban las sombras / de los fantasmas  
 eran los vivos / que ya estaban muertos  
 eran, eran / los primeros versos, los primeros  
 colores, / los primeros empeños, los primeros  
 deseos, / las primeras invenciones, en la no-

che siempre. / Era un reloj grave, pero encantado,  
 / un reloj detenido en un tiempo de sombra /  
 el que nos daba las horas». —JULIO JOSÉ ORDOVÁS.

Miguel Sánchez-Ostiz, *Geografía de la ventura*,  
 Madrid, Bartleby Editores, 2024.

## Un poemario intenso sobre el dolor y el lenguaje poético

**E**L poemario *Lo que (no) sé de las palabras* de la poeta, periodista y docente Angélica Tanarro es pura inteligencia, pues es pura emoción. Y ya saben ustedes, personas lectoras, que no puede haber inteligencia sin emoción: «Algunas noches echas de menos el peligro / o aventar el miedo al cielo del pasado» (p. 67).

Un libro, sencillo, humilde, sobre el dolor y el propio lenguaje poético que lo explica, que se lee de tirón, con lápiz en la mano, y que te deja balbuceando. Se nota que tras estas palabras, estos versos, estos poemas, aun no sabiendo, a sus espaldas, o sea detrás de ellas sentimos que está funcionando una inteligencia del todo excepcional. Y además de todo esto está escrito en verso libre, para que luego digan que no hay verso libre para el que pretenda escribir algo bueno: la excepción en este

caso confirma la regla, diríase: «Si *aire* contuviese tu aliento / volvería la vida / al diccionario» (p. 66).

Sabemos que Angélica Tanarro está especializada en información cultural, campo en el que ejerce la crítica literaria, cinematográfica y de arte contemporáneo. Que ha sido jefa de Cultura en el periódico *El Norte de Castilla* y responsable de su suplemento cultural *La sombra del ciprés*, donde sigue colaborando, además de sus otras colaboraciones en revistas especializadas como *PW* en español o en esta misma, *Turia*. Además, coordina para la Fundación Miguel Delibes el ciclo Cronistas del Siglo XXI. Y es autora de los libros de poesía *Serán distancia* (1994) y *Memoria del límite* (2002). Con lo cual, el poemario que nos ocupa es el tercero.

El libro está dividido en cuatro apartados con una sesentena de páginas. Los poemas, bien hilvanados,

van acompañados de señeras citas de René Char, Alda Merini, José Ángel Valente, Emily Dickinson, Olvido García Valdés y Alejandra Pizarnik. Y es que nuestra poeta sabe, es consciente de que: «Siembro palabras en las dunas / y nada crece / salvo el silencio» (p. 69).

Supongo que la poeta Angélica Tanarro en este poemario ha intentado comunicarnos, hacernos partícipes de su sensación de y sobre sus cosas, su dolor por la ausencia o por la presencia de esa ausencia, en el modo en que estas son percibidas, no en el modo en que se conocen: la realidad es por y para el poema: «Como exiliada / del orden de las cosas / junto a la fosa común / de los suicidas / me busco / en la niña en carne viva que fui» (p. 65). Quedamos seducidos por las imágenes y tropos que utiliza la poeta en este destierro suyo, exilio o diáspora, en busca del valor universal de las palabras, como ya nos indica en el título del poemario: *Lo que (no) sé de las palabras*. De ahí que su búsqueda poética sea tan extraordinaria como su poesía, en la imbricación de sus ideas y sus originales pensamientos en sus versos: «Cuando la primera luz distingue lo soñado / de lo por vivir» (p. 33).

Los poemas más bien cortos a la vez que intensos, para lo que leemos en la actualidad, van de 3 versos el que menos a 16 versos el más extenso. Versos libres de ritmo entre octosílabo y alejandrino, la gran mayoría, que con ese ritmo despiertan

a la persona lectora y le anuncian que está ante una poesía seria y de gran valor, que no le dejará al descubierto, a pesar del dolor. Eso sí, le interpelará y no le dejará indiferente: «Aquietas las voces del pasado / [...] / ... Pero algunas noches llaman a tu puerta» (p. 33).

Leyendo estos poemas, uno puede llegar a pensar fácilmente en lo que la poesía le puede enseñar. En la poesía que nos ocupa hay una clara renuncia a la rima y a la estrofa, no al ritmo, como ya hemos señalado, y hasta algún que otro endecasílabo se cuele, domina la métrica la autora. Pero, además de ritmo, hay claridad y profundidad. Teniendo claro que para la poeta la soledad, la tristeza y la muerte dominan ese límite infinito que es el horizonte humano. Aunque también se alumbra la esperanza y la trascendencia; pero es un libro duro con rigor ético, que va más allá de la ironía. Poemas limpios e inequívocos: «Soy / la esperanza del náufrago. / Me siento a escuchar / la salmodia gris de las arcadas. // Por si Lázaro resucita / entre las ruinas del templo» (p. 29).

El poemario destaca por ese intimismo testimonial y existencial ante este tiempo de dolor que nos ha tocado en suerte. Aunque la poeta levanta su esperanza como refugio ante la soledad y el vacío de la humanidad. Hay una preocupación cívica. Hay una apuesta en defensa de la verdad frente a la mentira, de la libertad frente a la opresión y de la solidaridad frente a la soledad. Dignidad humana y

libertad de pensamiento: «He olvidado el nombre de las flores / que respiran de noche / en la quietud de los claustros. // En su secreta armonía / amé tu oscuridad. // Acaricio tus ojos / en el perfil de la piedra. // Su vacío / Tu silencio» (p. 28).

Quiero señalar que Angélica Tanarro ha utilizado a un yo poético dramático para poder decir lo que diría un personaje imaginario hablando con otro personaje, también imaginario. Todo con un vocabulario claro y preciso, repito, para condensar el pensamiento. Con una capacidad enorme para transformar las ideas en sentimientos y utilizando el lenguaje meditativo: «No está sola. / Las agujas de piedra / defienden su caudal / y los múltiples paisajes / que se adivinan en sus ojos» (p. 15).

No me cansaré de repetir que es importante recuperar la esencia de la poesía, dar valor al verso y no al espectáculo. Este poemario es un buen ejemplo y testimonio de una experiencia vivida, con sentimiento y pensamiento unamuniano. Puesto que escribir un poema es una declaración ética y estética. Y la poeta ha logrado aquí una aproximación mayor al mundo en el que vivimos: los poetas son ciudadanos, no están fuera del mundo, y la poesía es un camino muy saludable para entender este mundo complejo. Esta poesía es de la que no defrauda: «¿Está todo dicho? / Preguntas al brezo y a la escarcha

/ al espejo y a las horas muertas / al dolor / siempre al dolor...» (p. 9).

Y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con las palabras de la solapa de este libro: «Las palabras nos interpelan, nos acompañan o se muestran esquivas, nos representan o nos traicionan. Son la materia que da cuerpo a nuestros sueños, a nuestros temores, deseos e incertidumbres. La muerte de un ser querido las pone a prueba una vez más o, mejor, nos pone a prueba frente a ellas. Este libro indaga en ese vacío que deja la ausencia del otro, porque la vida –el tiempo, cada vez más rápido– se queda en el aire y las palabras, son precaria compañía que ahondan en el propio desvalimiento. De esta contradictoria relación y de este íntimo y doloroso proceso da cuenta, de un modo sutil, esta poesía».

*Lo que (no) sé de las palabras* es un poemario que, en definitiva, persigue, busca la complicidad de las personas lectoras: las palabras sí saben y de qué manera, iluminan y hay que saber escucharlas: bien lo sabe la poeta Angélica Tanarro. Y leer este su libro es ver de nuevo, ver otra vez, lo que es el dolor, la existencia, la vida: estos poemas lo textualizan: «La tormenta deshace / las señales de un regreso imposible». –ENRIQUE VILLAGRASA.

Angélica Tanarro, *Lo que (no) sé de las palabras*, Palencia, Menoscuarto, 2024.